

## CAPÍTULO XII

El cristianismo bajo la paz de Constantino: período de transición



Los últimos hechos de la vida pública del politeísmo se suceden rápidamente. Galerio, Licinio y Magencio intentan en vano alimentar la llama que se extingue en los altares de los falsos dioses: sus mismos edictos sancionan la tolerancia de la religión de Cristo. Como ellos, Constantino promete la paz á la Iglesia, y el prodigio que acarrea su conversión le asigna un puesto de honor en la historia. Conságrase este príncipe á la reorganización del poder supremo y encuentra en los cristianos francos y decididos cooperadores. No miran éstos con celo sombrío su título de *soberano pontífice*; comprenden por el contrario que este título, que dió á los augustos el politeísmo, es providencial y pone en sus manos el derecho de destruirlo. En efecto, al establecer Constantino una nueva religión, no obra como príncipe, cónsul ó tribuno perpetuo, sino como *pontífice supremo*. Como tal, le estaban sometidos los flámines, los augures, los sacerdotes de todo el Imperio así en Europa como en Asia y en la Pentápolis del África. Como



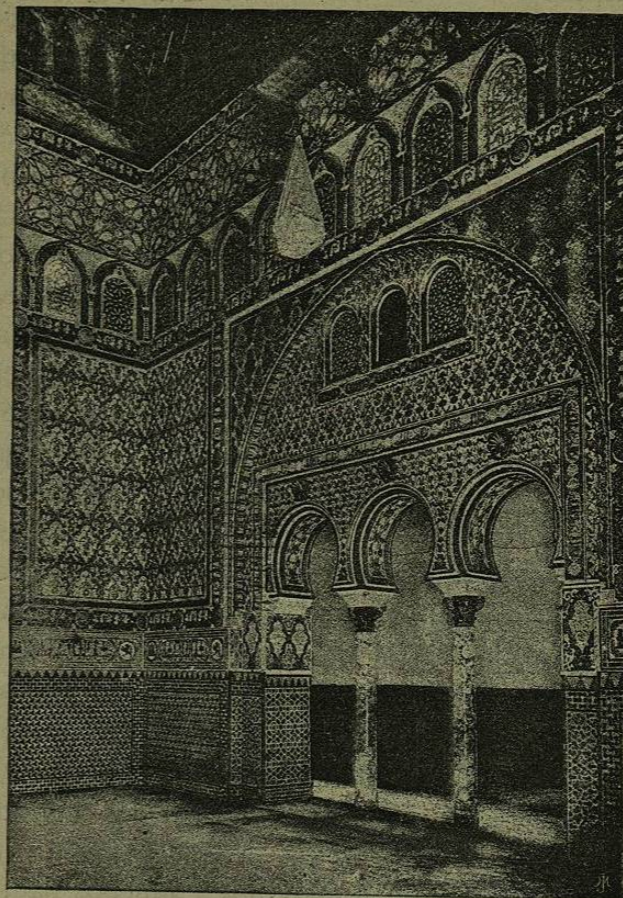
tal, distribuía los cargos sacerdotales entre los príncipes de su familia y entre los patricios acaudalados, que, lisonjeados con este vano honor, se olvidaban ó se consolaban de su impotencia política. Sólo los emperadores-pontífices presidían en las ceremonias, disponían los sacrificios, autorizaban la erección de los templos, juzgaban, castigaban á las vestales, y por último (y esto era lo más esencial) proscribían ó adoptaban á su arbitrio las religiones extranjeras. Así fué cómo después de haber condenado, proscrito y perseguido la llamada *superstición* de los cristianos, acabaron por tolerarla, confirmarla y aun entronizarla por el mismo derecho y en virtud de aquel mismo poder.

Los cristianos no tenían interés en disputar al poder civil, al menos por entonces, una prerogativa tan ventajosa á los progresos de su fe. La adhesión imperial era para la Iglesia un trofeo, no una cadena. Los obispos se agrupaban en torno de Constantino y se apoyaban en su diestra con santa alegría. El grande enemigo del Imperio, formado y crecido en las entrañas del Egipto y de la Siria, era el arrianismo. Convenía fijar la unidad religiosa y administrativa del cristianismo, y fué convocado el Concilio de Nicea. Grande y encarnizada lucha presenció el Oriente, donde sin más diferencia que el potro y el eculeo, recibió la ortodoxia de parte de los arrianos el mismo trato que antes había recibido del paganismo. En aquella vasta región, madre singular de todas las verdades y de todos los errores, cerráronse los templos de los católicos, ocuparon los sectarios de Arrio las principales sillas, y el símbolo de Nicea fué condenado al par de la idolatría. Sesenta años rige el arrianismo el Oriente: él solo asume la responsabilidad de los largos y desastrosos reinados de Constancio y de Valente.

Sube al trono Teodosio, encargado de pulverizar la herejía arriana, y á pesar de las intrigas del Estado y de la Corte que obligan al lègítimo obispo de Constantinopla, Gregorio Nacianceno, á dejar su silla, un concilio general celebrado en la misma Metrópoli pone el sello á la ortodoxia.

Pero en el Occidente era muy diversa la misión de los Emperadores: nadie por entonces predicaba aquí el arrianismo; la

## SEVILLA



ALCÁZAR. — ÁNGULO DEL SALÓN DE EMBAJADORES

mente recta y el espíritu práctico de los pueblos latinos, ó simplemente latinizados, se oponían al progreso de aquella filosofía harto sutil. Por otro lado, la herejía no había aquí alcanzado ni la protección de los príncipes ni los honores de la persecución.



Joviano y Valentiniano I la tuvieron condenada á un olvido sistemático; Graciano intentó proscribirla, Justino quiso rehabilitarla, pero el fanatismo de ambos se estrelló, el uno contra San Ambrosio, el otro en la helada muerte.

Además, fuerza es confesarlo, en Italia, en las Galias y en España, antes de la invasión de los Bárbaros, el verdadero antagonismo existía entre Jesucristo y Júpiter, y Arrio no tenía puesto ni voz en aquel gran debate. En Oriente los dioses vencidos yacían en el polvo, pero en Occidente el politeísmo, aunque herido de muerte, no había aún lanzado su postrer suspiro. La restauración ó sea el renacimiento de los dioses, suscitado por Juliano, no fué cosa imprevista, ni menos inexplicable: lo mismo que la conversión de Constantino, fué un resultado necesario, pues como acertadamente observa un moderno escritor antes citado (1), el triunfo ó el vencimiento del cristianismo no dependían del capricho de los Césares, y si bien el vencimiento fué pasajero, la victoria de la verdadera fe en aquella época tampoco fué definitiva, ó, si logró carácter de universalidad y perpetuidad, fué para el porvenir, no para el presente. El cristianismo, en suma, no logró entonces el fruto, sino sólo el germen de su estabilidad.

El renacimiento pagano en verdad no fué más que un frívolo y fugaz intermedio; en la abortada tentativa del emperador *apóstata* sólo vió el mundo un vano esfuerzo del paganismo puerilmente encolerizado; sin embargo, lejos de declararse vencido por la fe nueva, trató con ella largo tiempo de igual á igual, y las dos religiones se repartieron el dominio del Occidente. Las opiniones se hallaban divididas en el Senado mismo: por más que Prudencio se esfuerce en pintarnos á aquellos padres conscriptos como prefiriendo la vestidura blanca del neófito á la toga romana; por más que nos muestre agrupados en las iglesias y sobre la sagrada fuente de los Apóstoles á los problemáticos descendientes de Evandro y de Eneas, de los Quintios, de

(1) El conde de St. Priest en su *Historia de la potestad real*, tomo I, lib. II.

los Olibrios y de los Paulos, y señaladamente á los hijos de los Gracos, todavía dudaremos de su fe, celebrada por el poeta como unánime y ardorosa. Este mismo entusiasta escritor desmiente á veces sus propias ilusiones (1): «La peste nos invade de nuevo,» exclama; «ya vuelve amenazante sobre los hijos de Rómulo. Imploramos al padre de la patria! ¡Oh Roma! despójate de tus antiguas preseas: te cubres con la púrpura del triunfo, descuella tu cabeza erguida y coronada con el oro que has arrebatado al universo; pero ese brillo sin igual oscurece ya una nube funesta, la sombra cubre tu diadema, densos vapores te cercan, larvas asquerosas, espectros lívidos giran á tu alrededor! ¡Roma! alza tus ojos al cielo, y ahuyenta con una mirada todos esos fantasmas!»

Esos fantasmas que Prudencio reviste de una forma repugnante y monstruosa, ya habéis presumido lo que eran: eran nada menos que el armonioso coro de las divinidades del Olimpo, cantadas y celebradas por Virgilio y por toda la corte de Augusto. Ciertamente que no figuraban ya esas divinidades como las protectoras del Capitolio, pero para muchas inteligencias de alto linaje eran todavía como una especie de fórmula de la exquisita civilización romana.

Aun después de incendiados y demolidos los templos, después de asolado el espléndido santuario de Júpiter Olímpico y de estremecerse Alejandría con la caída del templo de Sérapis, y mientras retumbaban en todos los confines del Imperio los golpes del hacha y de los picos, todavía se conservaban las estatuas de los dioses como productos del genio griego y de la magnificencia de Roma; todavía duraban los gérmenes del politeísmo en el palacio de los Césares y en las principales familias latinas. Genérico, el hijo de Honorio, arrojó con despecho su espada por no obedecer el decreto de su padre que hacía obligatoria la fe de cristiano para obtener empleos y car-

(1) AUREL. PRUD. CLEM. *lib. prior.*, p. 409.—Edición de Magdeburgo de 1739.



gos públicos; y no bastó para acabar con la antigua religión que los Padres de la Iglesia, los poetas y los oradores cristianos, la abrumasen con las flores del sarcasmo y de la ironía, ni que á esto se agregase el ridículo haciendo pedazos Teodosio los rayos de oro del Júpiter que se adoraba en el campamento de Eugenio, distribuyéndolos entre sus soldados; porque una religión como la politeísta, que ejercía sobre todos los afortunados de la tierra la triple seducción del pensamiento, de la imaginación y del sentido, no podía perder su prestigio sin un verdadero milagro de la Divinidad. Hoy ya apenas nos es dado concebir la suma de placeres que arrancaba violentamente el cristianismo del corazón del romano, ni la inmensidad del sacrificio que hacían los convertidos al abandonar por las austeridades de la nueva doctrina su antigua manera de vivir. Seamos justos, si á nosotros nos parecen hoy bienes dignos del mayor aprecio las raquílicas delicias de la vida moderna, ¿podrá nunca causarnos maravilla la desesperación del magnate romano, que lo perdía todo, después de haber sido su historia nacional la obediencia del universo, su teatro el Coliseo bajo el cielo de Roma, y sus actores las naciones todas del mundo vencido? Su dolor, y hasta su cólera, al descollar la religión nueva que venía exigiendo el menosprecio y la abdicación de tantas maravillas, eran harto naturales. Así su rencor fué implacable, atroz, más criminal aún que todas las aspiraciones de su raza grande y odiosa.

¡Cosa singular! la conversión del Imperio al cristianismo fué principalmente obra de las damas romanas, de las Paulas, Eustoquias y Marcelas; no de sus hermanos y maridos. Ellas con sus manos blancas, ostentando anillos senatoriales y camafeos hereditarios, fueron las que plantaron la Cruz sobre la Rotonda del Panteón y sobre el techo de oro del Capitolio! Á pesar de sus inmensas riquezas y de un lujo que las invasiones apenas habían mermado, entre la turba de sus esclavos, abrazaban con ardor una pobreza que, sólo por ser voluntaria no

era para ellas imposible, y dejaban de grado sus palacios de mármoles y jaspes para humillarse en el tugurio del menesteroso. No eran todas en verdad cristianas según un mismo espíritu: unas, severas hasta el más extremado rigorismo, hacían en medio de la pompa y fausto que las rodeaba una vida enteramente cenobítica, suspirando por el martirio negado á sus ardientes votos; otras, sólo reprobaban de la vida romana el vicio y el delito, y unían al fervor positivo y sincero del neófito la magnificencia y el orgullo del patricio. No faltaban entre aquellas, viudas ilustres y vírgenes, descendientes, merced á los genealogistas, de los Atridas por la línea paterna, y por la materna de los Escipiones y de los Gracos, y revestidas por consiguiente con todo el prestigio de la mitología y todos los blasones de la historia; y mientras no pocas abandonaban el lujo y los placeres, y, cosa más difícil aún, los resabios de su casta, y ahogando en su corazón los recuerdos de la infancia y del cielo de Roma, de las literas llevadas en hombros de eunucos, de las marmóreas terrazas de Ostia, del triremo dorado y del tibio baño, insensibles á las quejas de sus hermanos y de sus hijos, se precipitaban alegres é intrépidas en las naves que las habían de conducir á Siria, al Egipto, á la Palestina, al solitario seno de alguna desierta Tebaida, para entregarse allí á un trabajo sólo propio de esclavos al pié de los antiguos sepulcros del Oriente; otras, más sensibles á las amonestaciones de los malos sacerdotes que á los preceptos de la nueva ley que habían abrazado, eran cristianas sólo de nombre y no acertaban aún á posar el muelle y delicado pié sino sobre el mármol ó el marfil, semejantes á las diosas labradas por los eximios escultores del politeísmo.

Porque tenía el cristianismo su tercer partido, casi diríamos su partido moderado, compuesto de aquellos sacerdotes y diáconos nacidos en Roma ó en Italia á quienes principalmente repugnaban las asperezas y austeridades de los ascetas, y que creían que podía ganarse el cielo sin grandes sacrificios ni



privaciones, sin romper del todo con las muelles costumbres de la vida pagana. Eran éstos los que san Jerónimo llamaba relajados ó tibios: los cuales decían: ¿habremos de tolerar nosotros que esos falsos clérigos, abortados de los antros y cavernas de Siria y Egipto, vengan á enseñarnos una perfección quimérica contraria al verdadero espíritu del Evangelio? ¿Es justo que así se metan ellos á turbar la paz de las familias, arrancando á las madres sus hijos, las hijas á sus madres y á la patria sus matronas, para poblar con ellos las soledades del Oriente? ¿Por ventura ha juntado Roma los tesoros consulares para enriquecer al Asia y al Egipto? ¿Quién ha dicho que no recibe Dios las plegarias de sus criaturas más que entre el estruendo de las cataratas ó en el pavoroso silencio de los yermos? Roma es por cierto templo digno de su grandeza, y la Omnipotencia recibe mayor y más grandioso culto en la cumbre de estas siete colinas que fueron en otro tiempo bosque de ídolos y ahora son planteles de cruces (1).

No eran ciertamente los cristianos acomodadizos los llamados á regenerar el mundo. Y sin embargo, las almas enérgicas que comprendían la necesidad del inmenso sacrificio pedido al orbe romano, eran tan pocas! De los nobles que aún permanecían obstinados en las antiguas costumbres, casi sería excusado decir nada: éstos oponían la más tenaz resistencia al triunfo del Evangelio, mas era su resistencia puramente pasiva. Los dudosos descendientes de los Metelos y de los Apios, conservaban aún ingentes patrimonios á pesar de las confiscaciones y de las expropiaciones, convertidas en medida de gobierno, regularizadas y sistematizadas desde Julio César: porque aquellas rara vez pasaban de mero secuestro, y éstas, limitadas á lo más selecto de los ciudadanos romanos, no se extendieron á las provincias sino muy tarde (2). Pero habiendo dejado de ser para ellos lu-

(1) RUFF., in Hyer. passim.

(2) La poderosa familia etrusca de los Cecinas conservó hasta la invasión de los Bárbaros su patrimonio, que databa desde antes de la fundación de Roma.

crativos los negocios públicos, y disgustados de la política imperial, suspicaz y sombría con la aristocracia, abandonaron del todo su intervención en las cosas del Estado y emplearon su actividad, reconcentraron toda su energía en los asuntos privados y en los goces íntimos, egoístas é individuales. En la primera época del Imperio, toda la Italia había sido un inmenso jardín, poblado de árboles y plantas exóticas, de palacios de jaspe, de estatuas griegas, sin una espiga de trigo, sin un olivo. La Sicilia, África y España eran las provincias que alimentaban á Roma (*nutrices Romæ*): Tardó una vez la flota de Sicilia en llegar á Ostia, y esta tardanza ocasionó á Nerón su ruina. Mas en el sexto siglo, ya toda la Italia estaba cultivada: la Apulia, la Lucania, el Brucio, la Calabria, la Campania, la Toscana y la Istria abundaban en cereales, aceites y exquisitos vinos. La aristocracia romana, pues, vivía consagrada á la agricultura, á la industria y al comercio. Los inmensos gastos que en otro tiempo había hecho para monopolizar los honores y las distinciones, no se repetían ya nunca: no llevaba ya ella á la sangrienta arena de los anfiteatros y circos gladiadores y pante-  
ras, no solicitaba ya las aclamaciones de las turbas: no pudiendo ni queriendo dominar la sociedad de su época, limitábase á deslumbrarla con la pompa y magnificencia de sus caprichosas modas y tren de vida. El lujo de los carros y de las mesas rivalizaba con el de los trajes: había senadores que llevaban bordadas ó pintadas en sus ropas colecciones enteras de feroces alimañas (1). Las calles Esquilina y Suburra retemblaban con las numerosas cabalgatas de los jóvenes patricios, olvidados ya del cultivo de la filosofía y de las letras, y sólo atentos á los goces físicos y groseros. Las matronas vagaban de la mañana á la noche llevadas en sus basternas, arrollando á la gente menuda sin compasión, precedidas y seguidas de un tropel de eunucos y

(1) AMM. MARCEL. XIV. 6.—V. también á MULLER *De genio, moribus et luxu divi Theodosii*.